

El viaje, literatura y realidad

Autor(en): **Giardinelli, Mempo**

Objektyp: **Article**

Zeitschrift: **Boletín hispánico helvético : historia, teoría(s), prácticas culturales**

Band (Jahr): - **(2012)**

Heft 20

PDF erstellt am: **13.09.2024**

Persistenter Link: <https://doi.org/10.5169/seals-1047275>

Nutzungsbedingungen

Die ETH-Bibliothek ist Anbieterin der digitalisierten Zeitschriften. Sie besitzt keine Urheberrechte an den Inhalten der Zeitschriften. Die Rechte liegen in der Regel bei den Herausgebern.

Die auf der Plattform e-periodica veröffentlichten Dokumente stehen für nicht-kommerzielle Zwecke in Lehre und Forschung sowie für die private Nutzung frei zur Verfügung. Einzelne Dateien oder Ausdrucke aus diesem Angebot können zusammen mit diesen Nutzungsbedingungen und den korrekten Herkunftsbezeichnungen weitergegeben werden.

Das Veröffentlichen von Bildern in Print- und Online-Publikationen ist nur mit vorheriger Genehmigung der Rechteinhaber erlaubt. Die systematische Speicherung von Teilen des elektronischen Angebots auf anderen Servern bedarf ebenfalls des schriftlichen Einverständnisses der Rechteinhaber.

Haftungsausschluss

Alle Angaben erfolgen ohne Gewähr für Vollständigkeit oder Richtigkeit. Es wird keine Haftung übernommen für Schäden durch die Verwendung von Informationen aus diesem Online-Angebot oder durch das Fehlen von Informationen. Dies gilt auch für Inhalte Dritter, die über dieses Angebot zugänglich sind.

El viaje, literatura y realidad

Mempo Giardinelli

*Centro de Estudios Literarios y Sociales
Caelys-Chaco*

El viaje ha sido siempre, para mí, literatura, quizás porque mi vida no ha sido otra cosa, en síntesis, que leer, viajar y escribir. Leer es la primera aproximación a los viajes que le es dada a nuestra inteligencia, a nuestra formación intelectual. De ahí nace, supongo, esta rara vocación andariega, esta identidad trashumante en un mundo que incita al zarandeo pero cuyos habitantes son, en su inmensa mayoría y generación tras generación, más bien reacios a los cambios, acaso conservadores por temor a las mutaciones y a lo imprevisible.

Tal como yo experimento la literatura y el periplo —como esenciales al devenir, como rituales que me fueron impuestos por las circunstancias, por cada circunstancia— puedo considerar que si en toda mi literatura ha habido y hay permanentemente viajes, exilios, migraciones, mudanzas, fugas, traslados, y hubo y hay viajeros y conflictos relacionados con la itinerancia, todo eso se debe a cierta inclinación mía por las heterodoxias.

Estoy cierto de que la trama general de mi escritura puede asemejarse al relato de un loco que sólo se sintiera bien en el aquí del allá y en el ahora del jamás. Uno cuyo relato no se completa en ninguna parte y por eso busca historias en todas partes, sabedor de que no existe ancla que lo establezca en sitio alguno que no sea la vasta e inagotable literatura, la universal que lo ha parido y la íntima y personal que él mismo procura, acaso necia, vanamente.

No sólo como escritor, incluso en mi labor periodística he desarrollado esta perspectiva. Hace casi veinte años escribí du-

rante meses una sección en un diario que se tituló «Apuntes de la Errancia». Y hace poco más de diez escribí otra en otro periódico que se llamó «Diario de Viaje», y de la cual nació mi libro *Final de Novela en Patagonia*.

Puede, también, que todo derive de mis ancestros. Mi tatarabuelo abruzzés, hasta donde pude reconstruir, fue un pescador pobre que navegó el Adriático, humilde botero que recorría las costas entre Pescara y el Gargano. Mi bisabuelo, que emigró a la Argentina a finales del siglo XIX huyendo de la pobreza, fue patrón de una tropa de caballos con los que prestaba servicios entre Buenos Aires y diversos pueblos de la pampa, hasta que decidió que sus corceles le darían mayor plusvalía en la ciudad arrastrando carros fúnebres, y casi se hizo rico con la muerte hasta que ella misma se le cruzó hecha daga en una pelea en un callejón. Mi abuelo fue inspector en los ferrocarriles ingleses que unían el Atlántico con el Pacífico, entre Buenos Aires y Santiago de Chile. Y mi padre fue marino en la flota fluvial que unía Buenos Aires con Asunción y Montevideo, donde llegó a ser comisario de a bordo hasta que se enamoró de mi mamá y dejó todo por ella y se instaló en el Chaco.

Comienzo por aquí porque entiendo la Literatura como viaje a la fantasía, como disparador de la imaginación que nos impulsa a descubrir. Si la Literatura es un camino hacia el conocimiento, ante todo es una incursión en lo desconocido. La indagación filosófica y la exploración psicológica —esos viajes interiores— bucean en el alma humana y se hacen Literatura. En *Final de Novela en Patagonia* sostuve:

Escribimos emigrando; escritura como movimiento y escritura en movimiento, que es como yo escribo. Escritura como el viaje que la literatura es. Escritura con la permanente nostalgia de allá cuando estoy acá, y de acá cuando estoy allá. Por eso en cualquier lugar del mundo mi única casa inmutable y permanente es el sitio en el que puedo colocar mi ordenador y escribir con la pasión de siempre, la de ahora, la de este instante¹.

Literatura y Viaje son, pienso, andamios paralelos. Todos y todas lo sabemos desde que leemos a Homero y a Virgilio, desde que entramos en Alighieri, en Cervantes y en Rabelais, como en Lewis Carroll y Jonathan Swift. Prácticamente toda la literatura universal tiene al viaje como materia, a la par del crimen, el

¹ Giardinelli, Mempo: *Final de Novela en Patagonia*, Madrid: Ediciones B, 2006, p. 241.

amor, la moral y la interrogación acerca de esa figura indescriptible que llamamos Dios. La Literatura resulta así un viaje fabuloso hacia lo inexplorado, lo extraordinario, porque todo viaje es siempre ese relato del mundo que nos estaba faltando.

Si nos detenemos un segundo en nuestra lengua, el viaje es protagónico en Cervantes. Don Quijote es un "caballero andante", esto es, un viajero irrefrenable, hoy diríamos compulsivo. El movimiento es el sentido mismo de su vida, y su existencia es, así, un absoluto literario. Sus imaginarias proezas recrean territorios que él desanda y torna clásicos. Cervantes funda la novela moderna basándose en el errar itinerante de ese personaje de locas, literarias ideas, que, al desplazarse, provoca a la vez admiración y ternura. El itinerante Don Quijote de la Mancha forja literatura con su andar, lo que es decir que viaja siendo escrito.

Literatura y Viaje han sido, a lo largo de los siglos, no una misma cosa sino ese paralelo casi perfecto. Podemos pensar que no hay literatura sin viaje, como es casi imposible que un viaje no provoque literatura. Esa es la tradición de los Clásicos y pienso ahora en Salgari, en Conrad, en Melville, en Sarmiento y en Verne. También en García Márquez y Carpentier, en Borges y Neruda, en Rosario Castellanos y Guimarães-Rosa y más acá en Vargas Llosa y hasta Álvaro Mutis con su *Maqroll el gaviero* y *La última escala del Tramp Steamer*, Paul Theroux (*El viejo expreso de la Patagonia*) y Bruce Chatwin (*En la Patagonia*), y también Ryszard Kapuściński (*Viaje a África*), Juan Rulfo (*Inframundo*) e incluso Antonio Muñoz Molina (*Ventanas de Manhattan*). La lista es infinita, como la vasta literatura, porque la literatura es el testimonio que los hombres y las mujeres dejamos de nuestro desplazamiento por la superficie de la Tierra.

El viaje desata, a la vez, una lectura interminable. En la literatura itinerante leemos la piel del mundo porque sobre ella están grabados los pasos anteriores y también nuestros pasos, imperceptibles. Escritura irrefrenable y lectura infinita, viajar, leer y escribir resultan paralelos naturales, como la respiración.

Lo que turba y estimula del viaje es la incitación a escribir, la pasión escritural que todo viaje desata y en la que nos acompañan todos los libros que hemos leído. Gracias a ellos hacemos literatura de cada observación. Como cada observación surge de evocar textos de otros. Lo que veo y lo que recuerdo se asocia en mi imaginación. La invención literaria nace y crece.

En la Literatura argentina, que es mi casa, digamos, el viaje está presente desde el origen, constitutivamente. Pienso desde luego en las dos primeras obras de nuestra literatura, ambas de mediados del Siglo XVI: *Viaje al Río de la Plata* (1567), del aventurero y marino alemán Ulrico Schmidl (1510-1580), es el pri-

mer libro concebido en mi tierra: sus fabulosos relatos son las primeras crónicas de lo que hoy son el Chaco, la Argentina y el Paraguay, escritos durante y después de la primera fundación de Buenos Aires en 1536.

El otro es Ruy Díaz de Guzmán (1558-1629), autor de *La Argentina manuscrita* (1612), obra fundacional de la literatura de mi país no sólo porque Guzmán fue el primer escritor nacido en el nuevo continente, en 1558, sino también porque fue el primero que utilizó el topónimo "Argentina". Su obra narra el descubrimiento, conquista y población del Río de la Plata hasta la fundación de la ciudad de Santa Fe en 1573.

Por cierto, ambos lo hacen en un estilo, digamos, de época, pues por momentos a mí me recuerdan el tono de la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España* (1632), libro maravilloso en el que Bernal Díaz del Castillo (1496-1584) narra la conquista de México a sangre y fuego por Hernán Cortés, pero combinando en el texto la crónica del viaje con su desatada imaginación y fantasía.

Mi hipótesis es que la extensión territorial determinó esta escritura. Como sucedió en los Estados Unidos, en Rusia, en Brasil y en África. El avance hizo que nuestras primeras obras, desde el siglo XVI, fuesen textos en los que el viaje del conquistador era narrado como testimonio pero siendo también y a la vez elogio de la fantasía.

Más de 400 años después, en la magnífica novela *El entenado* (1982), Juan José Saer (1937-2005) recuperó aquellos viajes y conquistas dominados por la ambición, el hambre y la antropofagia. Y críticos como el norteamericano Jeff Barnett recuperaron a las conquistadoras, es decir las mujeres que acompañaban a los navegantes españoles y que constituían alrededor del 15% de las tripulaciones, y de entre ellas, heroínas como Isabel de Guevara, cuyo testimonio es maravilloso y sobrecogedor como relato de viaje en el que el amor es pagado con codicia y con sucesivas ingratitudes masculinas.

Después, entre nuestros clásicos del XIX están el *Martín Fierro* de José Hernández y *Una excursión a los indios Ranqueles* de Lucio V. Mansilla, dos viajes literarios fundamentales para la construcción política y cultural de mi país.

En esa tradición a la que pertenezco escribí mi *Santo Oficio de la Memoria* hace veinte años², y ahí evoqué a Isabel de Guevara

² La primera edición por Editorial Norma, Bogotá, 1991, con sucesivas ediciones desde entonces, por Ediciones B, Editorial Planeta, Monte Ávila y la más reciente: Giardinelli, Mempo: *Santo Oficio de la Memoria*, Buenos Aires: Edhasa Argentina, 2009.

en un capítulo fechado, en la novela, en La Habana en 1979. El personaje alrededor de quien gira la novela, Pedro, apunta:

Sólo escribo cuando viajo. Sin argumento en lo que expongo, esto es como la descripción de una fotografía. O como poner lentamente las emulsiones necesarias para que se produzca el milagro de que aparezca, impreso sobre un papel, lo que vio mi ojo. Pero las fotos mentales que escribo no se refieren sólo y simplemente a contar o narrar lo que he visto. No describo Florencia o Nueva York o ahora La Habana vieja, sino que cuando digo Florencia digo la memoria de la noche en que me recosté contra una pared antiquísima para contemplar, emocionado y pensando en la Nona, la casa de Dante³.

Y continúa su meditación interrogándose:

¿Qué extraño mecanismo hace que sólo pueda escribir cuando estoy de viaje y deprimido? Los viajes para mí son melancolía. En algún lugar pierdo las cosas, dejo recuerdos, pero también sé que en algún lugar siempre es posible encontrar [...] Mis viajes, las fotografías que jamás tomo mediante la obturación del botón de una cámara, son estos suaves momentos de reflexión, de escritura generalmente cometida en cuartos de hoteles como esta habitación del Habana Riviera, de hermosa vista al mar y al malecón⁴.

Por su parte la inefable abuela de la novela, la Nona, responde, espectral:

Pietro, caro: tú que viajas tanto deberías darte cuenta mejor que nadie de que todo está perdido. No encontrarás el amor, hijo mío, no encontrarás al padre, ni a la madre, ni a los hijos ni al espíritu santo. En cada viaje dejarás un pedazo de tu pequeña historia, que no tiene demasiada importancia ni siquiera para ti [...] Francia le dijo a Patiño que hay que conservarlo todo escrito, que sólo lo escrito permanece y dura. Es lo único que tiene consistencia. La historia no es sólo sonido y furia, eso no es cierto, la historia es lo que yo recuerdo y otro lee. La historia es el momento en que se recrea la memoria de un viaje⁵.

La lectura había condicionado mis propósitos, como siempre hace la lectura. En el corpus textual argentino la Patagonia ocu-

³ *Ibid.*, p. 411.

⁴ *Ibid.*

⁵ *Ibid.*, p. 412.

pa un lugar extraordinario, quizás porque siempre se la consideró una especie de extensión inalcanzable, parte oculta y misteriosa de la Pampa. Hasta ahí llegan las novelas de Osvaldo Soriano (1943-1997), y su mítico Colonia Vela, que es un pueblo literario en los límites de la Pampa y la Patagonia, borde mismo entre realidad y parodia. La obra de Soriano, como la mía, puede decirse que es hija de otras narraciones argentinas, como los impresionantes cuentos de *La tierra maldita* (1945), obra fundamental de Lobodón Garra (1902-2003), titulados siguiendo la designación que le impuso Charles Darwin a la Patagonia: tierra maldita.

Asimismo hay que destacar entre los antecedentes a novelas como *Los dueños de la tierra* (de David Viñas, 1958) y *La Patagonia rebelde* (de Osvaldo Bayer, 1972). También *Bajo la tierra* (de Diego Angelino, 1974). A las que, entre la producción más reciente, se suman dos novelas de Eduardo Belgrano Rawson: *Fuegia* (1991) y antes *El naufrago de las estrellas* (1987). Y también hay que citar *La traducción* de Pablo de Santis (1997) y *La tierra del fuego*, de Sylvia Iparraguirre (1998). Y por supuesto la inmensa producción de los escritores patagónicos que yo conocí entre 1986 y 1992 cuando dirigí la revista *Puro Cuento*: Asencio Abeijón, David Aracena, Aquilino Elpidio Isla, Luisa Peluffo, Juan Carlos Moisés y Gerardo Burton, entre otros...

Particularmente de Asencio Abeijón (1901-1991) es hoy un clásico de nuestra literatura su libro *Memorias de un carrero patagónico* (1977). Y no hay que olvidar las *Aguafuertes patagónicas* de Roberto Arlt (1900-1942) publicadas en 1934 por el diario *El Mundo* de Buenos Aires. Y más recientemente la estupenda compilación de textos de los siglos XVIII y XIX realizada por Christian Kupchik en *La Ruta Argentina* (1999).

Claro está que yo conocía algunos autores no argentinos que definieron esos territorios. Me había maravillado el texto de Darwin sobre su viaje por la desembocadura del Río Negro. La lectura de *El origen de las especies* me había impactado y, aunque no se refiere específicamente a la Patagonia, la contiene y la alude. Y también otros libros más recientes, igualmente debidos a experiencias viajeras, del brasileño João Batista Melo, el ítalo-brasileño Luigi del Re y el chileno Francisco Coloane. Y desde luego estaban allí *Patagonia Express* de Luis Sepúlveda e incluso el viejo *Periplo*, que fue el primer libro que escribiera Juan Filloy a fines de los años veinte y que es un original libro de viajes⁶.

⁶ La primera edición es de 1930. La última es de El cuenco de Plata Ediciones, Buenos Aires, 2007.

En este repaso por nuestra literatura de viajes hay que destacar, también, la influencia del cine, que en la Argentina de los últimos 30 años ha sido impresionante. Podría mencionar decenas de filmes, por lo menos desde la superproducción de *La Patagonia rebelde* (de Héctor Olivera, 1974). Pero baste citar sólo algunos títulos: *La película del Rey* (de Carlos Sorín), *La nave de los locos* (de Ricardo Wülicher), *El viaje* (de Pino Solanas), *El Faro* (de Eduardo Mignogna), *El Perro* e *Historias mínimas* (de Sorín), *Caballos salvajes*, de Marcelo Piñeyro, y muchas más.

Este archivo personal, por llamarlo de algún modo, este compendio patagónico personal que yo llevaba por el mundo, se constituyó súbitamente en urgencia y, quizás como mandato familiar y vital inevitable (exilio, transterración, desplazamientos, viaje interior) me lancé a los viajes de que tratan mis libros. Y que habían comenzado con *Santo Oficio de la Memoria* (1991), cuyas más de 500 páginas se deslizan sobre el mar en un barco que navega desde Veracruz, México, hasta Buenos Aires, con detenciones en cada puerta de ese Infierno milenario que es la conciencia. Como repitiendo mandatos ancestrales, en mi cuento «El libro perdido de Borges» (que es de 1998) la historia se narra a diez mil metros de altura en un avión de línea; y en «La noche del tren» el viaje se realiza en un largo convoy ferroviario que se detiene en medio de la selva chaco-santafesina. Hasta que en *Final de novela en Patagonia* (2000) el texto se desplaza en un pequeño coche de ciudad, el "Coloradito Pérez", por el vasto territorio que es el Sur del Sur del mundo. Literatura como viaje no convencional, antiturístico si se quiere, se dice en *Final de novela en Patagonia*:

Lo mejor que llevábamos era nuestra decisión. No era que nos lanzáramos a semejante viaje improvisadamente, pero tampoco habíamos querido prepararnos en exceso. No teníamos una ruta prefijada ni habíamos tejido demasiados contactos. Teníamos algunos amigos con quienes contar en una emergencia, pero no queríamos que nuestro viaje fuera un típico y previsible recorrido turístico. La Patagonia nos parecía tan fascinante y misteriosa que preferíamos no estar preparados para lo que ofreciera. Lo excitante era precisamente no saberlo todo. Como cuando uno se va a encontrar con la mujer largamente deseada, no son los planes previos los que garantizan la fascinación del encuentro. Al contrario, hay que improvisar y la magia del momento está basada en la sorpresa y lo impensado⁷.

⁷ Giardinelli (2006), *op. cit.*, pp. 16-17.

Me gusta pensar que no soy un viajero que escribe libros, sino un escritor que viaja. Por eso yo no escribo viajes. Y sobre todo porque, lo confieso, la verdad es que no tengo la menor idea de cómo se debe escribir un libro de viajes... Ni siquiera sé si *Final de novela en Patagonia* lo es. Porque sí es el libro de un viaje, pero al mismo tiempo no lo es. Contiene una novela que nace de las divagaciones de quien a medida que viaja la va escribiendo. Hace un efecto como de espiral: el viaje gesta una novela que es un viaje con una novela que se escribe durante el viaje y así sucesivamente... En realidad, pienso ahora, cuando redacto esto, es el viaje el que escribe la novela.

La Patagonia —territorio maravilloso, mítico— deviene personaje central en el que se prueban todos los géneros escriturarios: cuento, poesía, crónica, semblanzas, microrrelatos, textos apócrifos, reflexiones sobre el arte de narrar y múltiples intertextos. Todo lo cual hace que ese andar sea, de hecho, un viaje a la Literatura.

Hace muchos años, cuando mi país soportó una larga y brutal dictadura, tuve que exiliarme y viví nueve años en México. Aprendí entonces que un viaje forzoso, forzado, es una circunstancia que uno jamás querría escribir pero que es imprescindible escribir, porque ser sobreviviente del Infierno conlleva, éticamente, el deber de dar testimonio del Infierno. Ese viaje, entonces, no remeda ni equipara al que describe Dante en la primera parte de su célebre poema; apenas lo evoca y lo celebra, toda vez que contar un viaje significa haber sobrevivido.

Aquella transterración fue definitiva en mi vida y determinó mi obra literaria para siempre. Pero no porque yo escriba ahora acerca de aquella experiencia —lo hice durante un tiempo, casi como tarea militante— sino porque la experiencia misma condicionó todo lo que vino después. Aquel viaje del Infierno a México fue, como todos, alumbrador; fue una manera de parir textos que no cesan. Como el rayo de Miguel Hernández, yo diría.

Esta cualidad de lo incesante volví a sentirla cuando recorrí la Patagonia en el año 2000. Cito:

Cuando salimos de Viedma y retomamos la ruta 3, advierto que no he llamado a ningún contacto de los muchos que me han dado amigos que tienen amigos en la Patagonia. Repentinamente me doy cuenta de que nuestro viaje será nomás, inevitablemente, un viaje literario, al menos en el sentido de la conversión textual de la experiencia. Es necesario que no existan condicionamientos para ello, de modo que lo lamento, pero yo no quiero ver a los amigos de mis amigos. No quiero

que nadie me diga cómo es la Patagonia, ni que me sugieran que vea tal cosa o que deje de ver aquella otra. Yo quiero apreciar lo que se presente ante mis ojos, y quiero mirarlo todo virginalmente. Quiero *sentir*, quiero que lo que aparezca o me suceda no esté previsto. Descubro que es por eso que no he leído ni releído casi nada sobre la Patagonia en los últimos tiempos: porque los viajes de otros fueron eso: viajes de otros. Y yo quiero *hacer* un viaje, quiero *construirlo* paso a paso y para ello es preciso no leer otros viajes. Y menos los lugares comunes de la Patagonia literaria [...] ¡Oh, no! Con el mayor respeto, señoras y señores, declaro que he decidido que toda experiencia ajena será, en este caso, negativa. Contaminaré mi propia experiencia. Por eso estas páginas son, pretenden ser, ante todo una incitación. Yo quiero decirle al lector: “Oiga, la Patagonia vale la pena, pero lo más hermoso de viajar por ella es descubrirla uno mismo, por sí solo. ¡Vaya y cómasela con sus propios ojos!”⁸.

Ahora mismo acabo de terminar una novela, que, hasta este texto, no me había dado cuenta de que también cabe en esta literatura que llamamos “de viajes”. En esta nueva y aún inédita novela hay migración: una pareja se va a los Estados Unidos, de donde regresará años después. Mientras tanto, otra pareja se ama clandestinamente en viajes entre el Chaco, en las sabanas del Este, y Mendoza, en la Cordillera de los Andes. Y hay una historia más: una muchacha emigra desde el Norte hacia Buenos Aires, donde las durísimas condiciones de la vida marginal convierten su vida en un tango contemporáneo.

No hay caso, no puedo evitar las itinerancias, porque, como en toda la literatura de mi país, me parece que no es posible concebir una escritura sin movimiento, sin traslación territorial...

Escribí varios libros en el exilio, y años después, cuando el desexilio, también. El ir y el volver resultaron inspiradores. La literatura que me fue dada desde entonces, y que he venido recibiendo como un don acaso inmerecido, siempre ha estado vinculada a esas traslaciones, esas mudanzas, esa precariedad de las raíces que uno padece con el mucho viajar y a las que uno termina por acostumbrarse. Todo discurso —todo texto— resulta entonces fundante, porque todo relato inaugura un espacio, lo crea, lo establece. Y al hacerlo pone condiciones, marca fronteras. Así, el viaje a la vez ensancha y acota.

Hace algunos años, en otra reflexión sobre el viaje en un congreso dedicado a Alexander von Humboldt, en California,

⁸ *Ibid.*, p. 44.

desarrollé una visión más política del viaje. En otras ocasiones, en El Paso, Texas, y en Quito, Ecuador, hablé de los vocablos que en cierto modo condicionan esta literatura: frontera, límite, borde, o sea los contornos que prefiguran el final de una superficie que solamente es traspasada por el discurso literario, que no tiene límites y entonces no hay frontera que no pueda cruzar porque su razón de ser es indagar en lo desconocido, viajar siempre más allá. Y ya sabemos que más allá, siempre, está el infinito. Y en el infinito sólo hay literatura.

Quizás por eso, también, mis espacios se me hacen improbables, y aunque los tomo de la realidad siempre me parece que terminan al borde mismo de lo irreal. A mí me gusta tomar retazos de vidas, pedacitos de gente, y veo cómo se mueven, cómo viajan por la vida, y los miro y dejo que todo eso hierva lentamente en el caldero de mi imaginación. Cuando el hervor hace saltar la tapa, entonces escribo. Y eso es todo.

Algunos grandes escritores han inventado maravillosos espacios literarios y por eso hoy Comala, Macondo, Santa María o incluso la Buenos Aires de Borges y Cortázar son espacios míticos, universales y eternos "como el agua y el aire". En cambio los territorios que yo he recorrido, partiendo del Chaco, para mí son sólo modestas reinenciones que practico en cada libro.

Por eso para terminar, si me permiten, cerraré esta conferencia con un pequeño poema que está en *Final de novela en Patagonia* y que me parece que lo sintetiza todo:

Soy ese viajero que nunca sabe exactamente a dónde va.

No un poeta preciso.

Soy caminante que busca, frenético, lo buscable,
lo que no se encuentra, lo que confunde.

No un orfebre maravilloso.

Indisciplinado del rebaño,
más bien un paciente que no toma los remedios,
un enamorado que no admite reglas,
un descontrolado -eso- que no respeta cánones.
Ni herrero en la forja ni tampoco el que maneja
la góndola y contempla, sólo contempla,
los amores ajenos.

Trashumante compulsivo, soy furor,
desconcierto, curiosidad, hambre.

Ni competidor ni sabio.

Soy un navegante al que se le ha roto la brújula
impreciso, caprichoso, ni siquiera la muerte ha de ser
definitiva
cuando se la resiste a fuerza de marcha
y a marcha forzada. Soy el infatigable hamster prisionero
que camina hasta morir, andariego y movedizo
como el viento, susceptible como quien huye,
soy apenas pendolista, versificador que medita y narra,
prosaico y profano
y no reconoce orígenes, acaso un loco,
uno que resiste, un inclasificable, un Bartleby⁹.

BIBLIOGRAFÍA

- Giardinelli, Mempo: *Final de Novela en Patagonia*. Madrid: Ediciones B, 2006.
— *Santo Oficio de la Memoria*. Buenos Aires: Edhasa Argentina, 2009.

⁹ *Ibid.*, pp. 118-119.

